

Anderson, algunas cosas perduran

Edgar Esquivel

Para Claudia Castro

Mi problema es que no sé resolver problemas. Acaso cifrar la naturaleza de la literatura y en general de las artes —como hechos inútiles y de gozo— en este dilema, tenga más autenticidad y cinismo —y por tanto un valor agregado— que otras consideraciones que se esmeran en ser, como lo dijo alguien de alguien, “confusas, difusas y profundas”. El debate sobre el “verdadero” compromiso artístico se encuentra emplazado sobre el dictado contrario: ¿por qué el arte, la literatura en su caso, deben necesariamente resolvernos problemas? El escritor Sherwood Anderson (Camden, Ohio, 1876) revela así las bondades del ocio en su relato “La obra maestra”, donde además cimbra la idea que se adjudica de manera recurrente a un concepto o propiedad —obra maestra— que ha terminado por ser un lugar común que nos significa cada vez menos, es decir, probablemente a esas creaciones ya no las hacen como antes.

Pero jugar al olvido o a la trascendencia, bajo cualquier condición, no altera el resultado: se gana o se pierde según la temporada (no de caza ni de rebajas) o el ánimo de los ciertos años. El Anderson creador sin duda jugó y apostó (incluso como hombre un tanto desajustado de su época), aunque todo indica que no alcanzó a saber los detalles de lo obtenido. Parece no haber un consenso sobre el sitio que ocupa el autor de *Más allá del deseo* dentro de la geografía literaria en Estados Unidos. Harold Bloom no lo registra dentro del canon occidental, salvo en la lista de integrantes de la “edad caótica” —cuyos autores no son necesariamente canónicos— y menciona dos obras (el infalible *Winesburg, Ohio* y *Muerte en los bosques y otros relatos*). Para el chileno Roberto Bolaño aplica la misma lógica: antes de Faulkner y Hemingway, estaban Twain o

Whitman. Los hay, en cambio, quienes le confieren a la labor de Anderson la cualidad de ser la “bisagra” entre los siglos XIX y XX: la antesala del estallido que dio el impulso definitorio a las posteriores generaciones de escritores norteamericanos lo cual, dicho sea de paso, cambiaría la concepción y el desarrollo de la literatura universal. Cesare Pavese lo consideró como el “grandísimo escritor que descubrió América” y Carlos Fuentes como territorio de fundación del cuento: “acaso el más directo heredero norteamericano de Chéjov: pinceladas sutiles y gritos mudos”. Las vidas anodinas y entrelazadas de los personajes de *Winesburg, Ohio* componen la aldea ficticia de Anderson, desmembrada a partir de relatos cortos, que no sólo proyecta su idiosincrasia como una lección permanente de palabra y lenguaje, sino, precisa Guillermo Cabrera Infante, un modelo de escritura regional que saltó de las fronteras del Medio Oeste al mundo. “La verdadera historia de la vida no es más que una historia de momentos”, se presume que decía Anderson. Tal supone más que la señal de un camino único la denuncia de un humanismo perdido. Ahí está el perfil de Jesse Bentley, un protagonista del cuento “Devoción”: *era un hombre de su tiempo, y por esa razón sufría y hacía sufrir a los demás. Nunca logró lo que quería de la vida y es probable que ni siquiera llegara a saber lo que quería.*

Sherwood Anderson levanta polvo con el propósito de verlo caer: comprender, tan sólo comprender es la consigna, pero el comienzo de la decepción de un mundo que sentimos puede ser o es perfecto anticipa el fin de esa ingenuidad que después será nostalgia pura. La vocación por la fragilidad se sitúa en el extremo opuesto de la propensión a la crueldad y lo siniestro, pero

igualmente la ausencia del más elemental sentido de convivencia no deja de ser una pérdida, el fracaso absoluto de la pureza. Sucede entonces que con todo esto nuestra memoria activa otras funciones y almacena instantes en recovecos a los que no tendremos acceso. Efectivamente, como ocurre en otro magistral relato de sus *Cuentos reunidos*, “Quiero saber por qué”: ya nada es igual, ni los olores ni el sabor de las cosas. *Desde entonces no paro de pensar en ello. No lo comprendo [...] Pero las cosas han cambiado. En las pistas el aire no sabe ni huele tan bien como antes.*

Y sí, queremos saber por qué y ansiamos un consuelo que no llega. Lo enuncia Richard Ford a propósito de ese relato: dejar la adolescencia (en todos los niveles) es admitir la intensidad e importancia de que el conocimiento tiene que derrotar a la inocencia. Descubrimos la vida por su dureza, por lo imprevisible que puede llegar a ser, incluso para percatarnos de que existen, o podemos inventar, los refugios adecuados: caricias de amor o deseo, deleites mundanos, vicios, epifanías baratas y hasta puede que algunas manifestaciones creativas. Total que sobrevivimos al amparo de historias, propias o ajenas, “pasamos por la vida coleccionando gente”, escribió Anderson, de ahí la conciencia de que habitamos un territorio hostil, pero nuestra fragilidad latente nos obliga, o nos invita, en ocasiones, a situar en perspectiva lo burdo y lo sublime: *sólo unos cuantos conocen la dulzura de las manzanas arrugadas.* En la batalla contra lo grotesco de las verdades con dueño conforta saber que alguien como Sherwood Anderson está en el camino. *Es de lo que se trata esta historia. Estoy perplejo. Voy a ser un hombre y quiero pensar rectamente y ser justo [pese a ver] algo que no acabo de entender. U*